



*El Infierno que tanto turba y contrista á los malos, no derrama la menor amargura sobre los corazones de los justos.*

nuo de las virtudes, aunque se sabe que hay infierno; no horroriza, porque el corazón lo olvida para no pensar mas que en la felicidad suprema, que espera por la confianza que tiene en la bondad divina.

Así, aquel que no pueda soportar esta idea, debe apresurarse á ponerse en estado de no temerla, y reunirse con aquellos para quienes en efecto no existe. Este es el único partido prudente: porque el de pretender engañarse á sí mismo con blasfemias inútiles, no basta para tranquilizarse; pues á pesar de ellas siempre queda bastante luz para conocer que un corazón corrompido es digno de castigo, y que la justicia divina le sabrá alcanzar mas allá de la tumba.

El infierno que tanto turba y consterna á los malos, no derrama la menor amargura sobre los corazones arreglados. El buen cristiano no teme un porvenir desdichado; y mientras los incrédulos, que le niegan, sufren desde ahora una parte de sus tormentos, el virtuoso goza desde ahora la tranquilidad que aquellos desean vanamente, esto es, no teme las amenazas del Evangelio; por el contrario, espera una felicidad que en ningún caso los incrédulos pueden prometerse. El cuidado de rechazar todo excesivo temor y desconfianza, y la dulce esperanza en la bondad divina, son las primeras virtudes del cristiano. Así para librarse de los terrores del infierno, es menes-

ter en todos sentidos recurrir á la religion.

Si vos pudiérais abrir el seno, y penetrar los sentimientos del justo que practica sus preceptos, viérais que esos suplicios eternos, que tanto consternan á los viciosos, casi nunca turban la dulce alegría en que nada su sereno corazon. Solo se ocupa de la gloria que está preparada para los que creen y confían en Jesucristo; ni se acuerda de que en la otra vida hay otro estado que el que se prepara á los hijos de Dios: su alma está tan llena, tan embriagada con la magnificencia y riqueza de las promesas divinas, que no le queda tiempo ni gusto para pensar en otra cosa; no puede dar entrada á ninguna idea de terror, porque está toda ocupada con la esperanza bienaventurada.

Venid, señor, y registrad todos los aposentos y los rincones de esta casa; examinad todos mis muchos y santos compañeros; vedlos en el coro, en sus sacrificios, en sus recreaciones, no veréis que ninguno se inquiete por el terror de tan espantoso pensamiento: desde que entraron en la alianza de Jesucristo, todos viven con el amor y la confianza. Penetrad tambien esos claustros observantes, en que se guarda el Evangelio sin relajacion; levantad el tupido velo que cubre esas inocentes y puras esposas de Jesus, que léjos del mundo y sus delicias, que han abandonado, consagran su juventud y su inocencia al amor del Esposo que se dignó de recibirlas en su seno. Re-

corred todas esas casas devotas en que se profesa la virtud, y se repiten los ejemplos. Podréis hallar en ellas almas penitentes, que lloran los errores ó los pasados extravíos de su vida; pero no encontraréis ninguna á quien consterne de continuo la idea del infierno; porque todas han perdido el temor servil desde que dejaron los vicios que lo merecen. Su memoria se ha perdido tanto, que casi no se habla de él, para poder hablar mas de la bondad de Dios y de su gloria.

Però recorred despues todos los teatros profanos, todos esos suntuosos palacios en que habita el lujo con el vicio, todas esas sociedades filosóficas en que se derraman las nuevas y atrevidas opiniones, allí es donde oiréis hablar del infierno, como en un campo se habla del enemigo, porque se le teme, y puede sorprender. Oiréis que para destruirle, se echa por tierra toda moral, toda virtud, toda religion; pero tan inútil esfuerzo y conato tan ardiente hacen visible el poco crédito que se da á lo mismo que se procura persuadir; pues cuando se está convencido de una verdad, es superfluo el inculcarla tanto.

En fin, los incrédulos quisieran que no hubiera infierno, y tienen razon, porque está destinado para ellos; pero ni sus deseos ni sus blasfemias pueden hacer que no sea lo que es. Hallan incompatible la infinita bondad de Dios con la idea de que castigue con penas irrevocables y eternas á

hombres débiles por culpas pasajeras. Sin duda que el alma se llena de horror cuando considera que un hombre será víctima de un suplicio inmortal. Esta imágen nos espanta y horroriza, nuestro corazon se estremece, y confundimos la impresion de horror que reciben la flaqueza y sensibilidad humana, con las repugnancias de la razon, pretendiendo que nuestras aversiones naturales sean la regla que deba medir los castigos de Dios.

¿Pero qué nos debe decir el buen sentido? Que si el mismo Dios nos ha dicho que hay un infierno eterno, y siempre abierto á los piés de los que mueren sin haber adorado á su Dios, ó sin haber implorado su bondad, es necesario creerlo. Y que esta es una verdad infalible, pues aunque sea tan terrible para el que lo desprecia, Dios á vista de toda su clemencia la deja subsistir en toda su fuerza; vos vendréis entónces á alegarme razones interminables sacadas de la bondad divina y de la miseria del hombre, de la desproporcion que aparece entre tormentos eternos y culpas transitorias, y otras mil reflexiones que se presentan desde luego al espíritu; pero yo responderé á todo: Dios lo ha dicho.

En fin, este es uno de aquellos casos de que hemos discurrido otras veces, y en el que el hombre se halla entre dos verdades que le parecen contradictorias, y que no lo son; pues aunque no alcance los medios de conciliarlas, son verdades,

y está obligado por su propia evidencia á creer una y otra. Hemos propuesto el ejemplo de la libertad del hombre, que parece incompatible con la presciencia divina; y á pesar de esta incompatibilidad, como por un lado el hombre sabe y siente que es libre, y por otro no puede dudar que Dios todo lo preve, está obligado á creer lo uno y lo otro; y su razon le dice que aunque él no sepa conciliar dos extremos que parecen contradecirse, es por defecto de su inteligencia, y que ciertamente se concilian, pues existen.

Lo mismo digo del infierno. Por un lado parece rigor condenar por una eternidad á un hombre débil; por otro no podemos dudar que Dios no solo es justo, sino infinitamente misericordioso. Pero como tambien es la eterna verdad, y no puede ni engañarse ni engañarnos, creemos lo uno suponiendo lo otro: y la razon nos dice que aunque nos parezca que esto no se concilia, es por nuestra limitacion; que el infierno existe, pues Dios lo ha dicho; que nuestras ideas de justicia distan mucho de las de Dios; que cuando separamos los motivos de la suya, no solo hallaremos que ha sido justo el rigor con que castiga, sino que su justicia ha sido misericordiosa; que no habrá condenado que no conozca la bondad del Señor; y que si sufre, es por su propia culpa, pues nuestra razon no puede recibir idea que no suponga su justicia y su bondad.

Los incrédulos se cansan en repetirnos que Dios es bueno; pero nadie lo duda, y ninguno conoce mejor la extension de su misericordia que los que adoran los rigores de su justicia. Pero para persuadir que no hay infierno, no basta proclamar la bondad de Dios: es menester destruir toda la doctrina de la religion, trastornar lo mas indesquiciable, derribar el mas antiguo y sólido de los edificios; y en fin, probar la falsedad de un orden de cosas que ha empezado con el mundo, que está enlazado con la historia entera del género humano, y ha llegado hasta nuestros días sin interrupcion. ¿Qué hombre en el mundo conseguirá empresa tan loca! ¿Quién no ve que si es difícil conciliar la verdad de las penas eternas con la bondad de Dios, es imposible abatir y echar por tierra todos los monumentos antiguos, que atestiguan con tanta evidencia la divinidad del Evangelio!

Vos quisiérais que Dios hubiera criado al hombre necesariamente bueno, que le hubiera cerrado todos los caminos, excepto el que dirige á la felicidad; pero vos quisiérais lo que seria contrario al designio de su sabiduría, que quiso hacerle libre. Y en la suposicion de darle libertad, ¿qué medida podia tomar mas eficaz, para que no abusase de ella, que amenazarle con un infierno? Decidme: Si fuera posible que Dios en el momento en que iba á criar este abismo espantoso, hubie-

se suspendido la accion de aquella ojeada universal con que registra todo lo futuro, ¿podia imaginar que hubiese una criatura tan estólida que quisiera precipitarse en él? ¿Qué medio mas activo era posible inventar para que no se aventurase? No se puede llamar libre al que se le obliga á marchar en una línea, donde no puede dar un paso sin precipitarse; pero cuando se le deja el arbitrio de alejarse del peligro, ¿quién puede presumir que no se aleje?

¿Qué hombre, si está en su juicio, usará de la libertad que tiene para abandonar la barca que le transporta, y sumergirse en el golfo que le sepulta? ¿Cuánto ménos se debia recelar que dejara la virtud que le salva, para caer en tormentos de que no es posible libertarse? Dios, pues, no podia ponerle una barrera mas fuerte, y era como precisarle en cierto modo á que escogiese la virtud. Solo el frenesí y la ferocidad podian arrojarse al vicio; y estos son accidentes raros que no se deben suponer en una naturaleza inteligente. Y si por su malicia hay muchos que se degradan y embrutecen hasta el punto de perder toda razon; si llegan á degenerar de tal manera, que mas estúpidos que las bestias se precipitan en la muerte eterna, ¿se puede improperear á Dios no haber hecho lo que era menester para hacerlos felices?

El hombre no tiene estímulo mas fuerte, ni siente una necesidad mas imperiosa que la de

amarse y de ser feliz: este es el deseo mas íntimo, mas vivo y mas inseparable de su corazón. ¿Cómo, pues, se le puede proponer medio mas eficaz para que sea dichoso, que amenazarle para que no deje de serlo, con penas tan terribles que no se pueda exponer á ellas sin aborrecerse, sin ser el mas cruel enemigo de su vida, de su alma, y en fin, sin resistir á los sentimientos mas invencibles de su propia inclinacion? Así los inexplicables horrores del infierno, por lo mismo que son tan terribles, tienen en sí mismos un carácter en que relucen la sabiduría y la bondad divina. Dios nos hubiera amado ménos, si hubiera hecho ménos por nosotros, haciendo consistir nuestros destinos en una alternativa ménos espantosa; porque no fuera tan urgente nuestro deber de adorarle y servirle.

Los incrédulos dicen que no hay proporcion entre los rigores de tormentos eternos y los límites de la perversidad humana; que el hombre que no puede ser infinitamente malo, no debe ser infinitamente castigado por un Dios justo, y que la pena con que se castiga la culpa debe ser limitada como su malicia. Estos raciocinios les parecen victoriosos, y los aprecian como una demostracion que no permite réplica; pero este error nace de que no tienen una idea bastante clara de la constitucion humana, y ménos del plan y designios de la religion.

Es cierto que el hombre no es infinito por su naturaleza y su ser; pero lo es por su voluntad y su tendencia ó propension. Todos los movimientos de su alma son un esfuerzo continuo para alcanzar la totalidad y plenitud de la existencia y la felicidad; y como la voluntad es el órgano y el principio de todas sus acciones, estas tienen el carácter de su origen, y se especifican por su naturaleza. Así, cuando la voluntad del hombre rompe la armonía que la mas justa y la mas irrevocable de las leyes establece entre sus facultades y los atributos divinos, no hace ménos que romper su íntima union con el Ente infinito, desprecia la infinita felicidad que este le ofrece, y espera hallarla en el falso halago de otra criatura, ó en las tinieblas de su propia dada: así busca el infinito fuera de la verdad. La justicia divina quiere que le halle, y el infinito fuera de la verdad no puede ser mas que el de tormentos y desgracias.

Por otra parte la íntima union que vino Jesucristo á establecer entre Dios y los hombres, nos ha sacado de los límites naturales de otras criaturas, nos ha elevado á un estado superior, y en este nuevo orden de cosas se deben pesar nuestras acciones y delitos. El fin de la Encarnacion fué asociarnos á la Divinidad. San Pedro dijo (1)

(1) II. Petr. I. 4.

que hemos recibido por Jesucristo dones inefables y preciosos, que nos hacen participantes de la naturaleza divina; esto es, que en virtud de nuestra consubstancialidad con Jesucristo, que es Dios y hombre, participamos de sus calidades. Así nuestra bondad ó nuestras virtudes, por nuestra unidad con él, adquieren en cierto modo el carácter de una perfeccion infinita, por eso merecen una infinidad de gloria; pero que si después de haber llegado á tanta altura, nos degradamos hasta la iniquidad, adquirimos el carácter de una naturaleza infinitamente perversa, que merece ser infinitamente desdichada.

Así el hombre por el mérito de la redencion es en cierta manera infinito. Jesucristo habiendo merecido en su favor, le ha comunicado derechos infinitos á una gloria infinita. Si se aprovecha de esta gracia, conservándose fiel en alianza tan sublime, la limitacion natural de su ser desaparece, y no le estorba para recibir una gloria infinita el dia de su irrevocable incorporacion en la felicidad divina; pero si la viola y la pierde, entónces no presenta á la vista de la soberana santidad mas que el desprecio y la profanacion de esta infinita gracia, y á degradacion tan infinita no puede corresponder otra cosa que un suplicio infinito. Si no sufriera eternamente, no fuera tan infeliz como ha sido culpado; porque su delito es igual á la grandeza que ha perdido,

y esta grandeza no es otra que la misma de Dios.

Ved pues, como el infierno con todos sus tormentos califica la excelencia del hombre, y la religion le supone mucho valor y dignidad, pues le encuentra digno de tan terrible castigo, cuando no ha querido aprovecharse de las ventajas que le ofrece. No digais pues que el Dios que castiga así al hombre, no es justo ni piadoso. Decid por el contrario, que es preciso que el hombre redimido con la sangre del Redentor, trastorne monstruosamente los designios del Omnipotente, cuando malogra tan altas esperanzas; pues un Dios tan justo y tan clemente no ha podido encontrar menor satisfaccion para reparar su desacato, que una eternidad de tormentos.

El premio y la pena son entre sí proporcionados, y corresponden al estado de elevacion y orden sobrenatural en que está constituido el hombre y sus acciones morales; y así como la gloria del hombre justo será eterna, tambien lo ha de ser la pena del inicuo.

Tambien es evidente que el condenado por la justicia de Dios le conserva siempre el odio en que muere, y nunca jamas se arrepiente por su obstinacion; y por lo mismo que su malignidad continúa sin fin, su castigo tampoco le tiene. Ademas que el pecado en razon de ser ofensa de un Dios de infinita magestad, se considera revestido de cierta infinidad moral.

Ve aquí lo que nos debe decir nuestra razón, cuando no pudiendo dudar de la clemencia divina, tampoco puede dudar de la verdad de un dogma que el Evangelio acredita, y que después de su publicación todos los cristianos han creído. Si la razón orgullosa no le halla conforme á sus ideas; si quiere medir la justicia de Dios con la pequeñez de su regla; si quiere penetrar lo que no alcanza; si quiere discurrir sobre lo que no entiende; y en fin, si pretende juzgar lo que solo debe adorar y obedecer, entónces el buen sentido la debe hacer callar, y decirla imperiosamente como Jesucristo al Demonio: *Escrito está.*—

—Escrito puede estar, Padre; pero todo eso es incomprendible.— Sin duda, señor: ¡pero cuántas cosas lo son, sin ser por eso ménos ciertas?—Es verdad; pero esta es muy terrible.— La más terrible de todas: por eso es menester hacer cuanto es posible para no caer en las manos del Señor enojado.— ¡Un Dios bueno atormentar eternamente á criaturas miserables!— Como es justo, se debe así mismo el castigar los delitos.— Pero cuando están hechos; cuando el conocimiento llega después del daño...— Como es bueno, todo lo perdona: la penitencia todo lo lava, y su sangre todo lo borra. No es precisamente el pecado el que condena, sino el defecto de arrepentimiento, y la obstinación ó la falta de confianza en su misericordia.— ¡Quién puede mu-

dar de repente sus hábitos, sus costumbres, sus opiniones?— Con la gracia nada es difícil.— ¡Quién, sin estar acostumbrado, puede soportar el rigor de la ley cristiana?— Jesucristo ha dicho que su yugo es suave; porque él mismo ayuda á llevar la carga.

—Pero, padre, para arrepentirse es necesario creer, y nadie puede creer solo porque lo desea. Esta no es obra de la voluntad, sino del entendimiento; nadie puede persuadirse lo que quiere, la fe es un don de Dios, y no se adquiere.— Es verdad, pero se obtiene.— ¡Con qué medios?— Con la oración, y con un exámen serio, humilde y de buena fe.— Pues, Padre, para que veais que no me niego á nada de lo que está en mi mano, estoy pronto á escucharos. Explicadme ese plan del cristianismo, que tantas veces me habeis dicho ser un conjunto de luces y de verdades, que por sí mismo manifiesta que viene de Dios.

— Os he confesado con sinceridad, que las pruebas de la Resurrección me han embarazado mucho, y que he visto en ellas lo que no esperaba ni me parecía posible. Si pudiérais probarme con la misma claridad y fuerza los demás artículos, me embarazaríais más; pero tengo por imposible penetrar con la misma luz objetos oscuros por sí mismos, y hechos que han pasado en siglos tan remotos. No obstante veamos. El daño ya está hecho; ya me habeis dicho lo bastante para desper-

tar mis inquietudes, y turbar para siempre la antigua tranquilidad de que gozaba: acabad de emponzoñarme; salgamos de una vez, y veamos hasta dónde llega mi error ó vuestra ilusion.

No te diré, Teodoro, por qué motivo, ó con qué intencion tomé este partido, y ahora mismo que lo examino, no puedo adivinarlo, pues entónces no podia esperar fruto de esta diligencia. Es verdad que sus discursos me habian confundido; pero todavía no me sentia dispuesto á mudar de opinion, y ménos de conducta. No sé si todavía conservaba una esperanza secreta de que no podria desempeñar esta parte como la otra, y que esto me dejaría con ventaja. Quizá tambien lo hice por descansar un poco de las reflexiones urgentes con que me oprimia, ó en fin, lo que es mas cierto, Dios movió á mi corazon inicu, para que por este medio acabase de entrar en él su divina luz.

El hecho es, que al instante que el padre vió que yo mismo le solicitaba para que me explicase el plan y las pruebas de toda la religion, su semblante modesto se cubrió de color, y sus ojos se encendieron en un júbilo celestial. Observé que con un movimiento indeliberado los levantó al cielo, y que despues volviéndose á mí, con su ordinaria suavidad me dijo: Con gusto, señor. Hay muchos en esta casa que lo pudieran hacer mejor que yo; pero pues me lo mandais, y ahora es tarde, empezaremos mañana.

El padre se fué, yo quedé como puedes discernir, y poco despues me sentí como arrepentido de haber tomado este empeño, que me ponía en la necesidad de contrastar con el padre: pero nada de esto te puedo explicar, porque estoy cansado de escribir. En mi primera te diré lo que me pasó al otro dia.—A Dios, Amigo.

## CARTA XI.

### EL FILÓSOFO A TEODORO.

**T**EODORO mio: el padre al otro dia empezó á cumplirme su palabra; ve aquí lo que me dijo.

Señor: la religion cristiana empezó con el mundo, y la verdadera religion no podia tener menor antigüedad. La razon basta para hacernos comprender que un Dios omnipotente, tan justo como sabio, no puede criar nada que no sea para su gloria, y que criando al hombre, la última y la mejor de sus obras, dotado de inteligencia y de un espíritu inmortal, libre y capaz de escoger entre el bien y el mal, de merecer y de desmerecer, era digno de su sabiduría y de su justicia, que le diera conocimiento de su Criador, y le hiciera sa-